



**CON FERNANDO
VILCHES**
**BUENAS
PALABRAS**

*Todo lo que necesitas para
expresarte mejor*



FERNANDO VILCHES tiene más años que un bosque, pero, si volviera a nacer, haría exactamente lo que ha hecho. De titulación, Filología Hispánica y de vocación, profesor (la palabra Maestro le infunde respeto). Tras cuarenta años dedicado a corregir a los «prevaricadores del buen lenguaje» a través de la docencia ha decidido compartir su experiencia emocional con la lengua española con quienes quieran seguirle en esta apasionante aventura. Durante tres años se dedicó a enmendar semanalmente las incorrecciones lingüísticas desde el programa de radio *Herrera en COPE*, algo que sigue haciendo alguna tarde con Ángel Expósito en *La Linterna*.

Sus prioridades en la vida son su familia, sus amigos, los coches y el amor por la lengua de Cervantes, que define como «hermosa y antigua, abigarrada y variopinta, dulce y severa».

En Arzalia Ediciones publicó su primer libro divulgativo, muy relacionado con este: *La divertida aventura de las palabras*.

Fruto de más de cuatro décadas de docencia de la lengua española, Fernando Vilches destila sus conocimientos sobre la materia en esta obra. Se trata de una peculiar gramática que se hace eco de las dificultades que el autor ha detectado en sus alumnos y oyentes.

Con buenas palabras se organiza en tres bloques: las cuestiones gramaticales (propias de las partes de la oración); las ortográficas, que abordan las cuestiones de puntuación y las palabras con dificultades de escritura y las léxicas, que ahondan en diversos aspectos de lo que Vilches llama «ese maravilloso armario del vocabulario que posee el idioma español».

Aquí no se eluden otras cuestiones de actualidad, como el reflejo en el lenguaje de los tratamientos sociales o el mal llamado «lenguaje de género».

Además de todo lo anterior, el libro se completa con un bloque de dislates (errores cometidos por periodistas o políticos), que se señalan y corrigen para buen uso de todos los hablantes.

La obra culmina con una curiosa e hilarante recopilación de despropósitos lingüísticos en textos, anuncios y cartelería de nuestra vida cotidiana.

En conjunto nos encontramos ante una amena síntesis sobre el buen uso de nuestro idioma y una denuncia de los abusos que cometen los hablantes, todo ello con el inimitable humor y bonhomía del autor.

CON BUENAS
PALABRAS

Fernando Vilches

CON BUENAS
PALABRAS

*Todo lo que necesitas para
expresarte mejor*



ARZALIA
ediciones

Con buenas palabras

Todo lo que necesitas para expresarte mejor

© 2020, Fernando Vilches
© 2020, Arzalia Ediciones, S.L.
Calle Zurbano, 85, 3º-1. 28003 Madrid

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-17241-85-8
Producción del ebook: booqlab

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.arzalia.com

Índice

Introducción

Primera parte. DIFICULTADES

Cuestiones gramaticales

ADJETIVOS

ADVERBIOS

ARTÍCULOS

COMPLEMENTOS CIRCUNSTANCIALES

NOMBRES

NUMERALES

PREPOSICIONES

PRONOMBRES

VERBOS

VOZ PASIVA

DESARROLLO SINTÁCTICO

Cuestiones ortográficas

PUNTUACIÓN EN LA ORACIÓN SIMPLE

COMATOSIS: ENFERMEDAD CURABLE

ACENTUACIÓN

ORTOGRAFÍA DE LOS NÚMEROS

PALABRAS JUNTAS. PALABRAS SEPARADAS. HOMÓNIMAS Y HOMÓFONAS

ORTOGRAFÍA DE LOS EXTRANJERISMOS

Cuestiones Léxicas

PRECISIÓN SEMÁNTICA

SINONIMIA Y ANTONIMIA

EL LÉXICO EN SU CONTEXTO

PALABRAS E IDEAS

PALABRAS POLISÉMICAS. PARÓNIMOS

NEOLOGISMOS

PREFIJOS Y SUFIJOS GRIEGOS Y LATINOS

GENTILICIOS

EXPRESIONES EXTRANJERAS USADAS EN ESPAÑOL

EXPRESIONES FRASEOLÓGICAS

AMERICANISMOS Y VOCES DEL ESPAÑOL DE AMÉRICA

TAUTOLOGÍAS: PLEONASMOS Y PEROGRULLADAS

COMODINES Y ALARGAMIENTOS

UN *ENFRENTAMIENTO* POR FALTA DE *CONFRONTACIÓN*

UN OÍDO FINO DE RÉCORD MUNDIAL

BARBARISMOS LÉXICOS

ADQUISICIÓN DE LÉXICO

Cuestiones Pragmáticas y sociolingüísticas

USTED / TÚ

EJEMPLOS DE FRASES SEGÚN EL CONTEXTO PRAGMÁTICO

RAE Y LENGUAJE DE GÉNERO

Segunda parte. **DUDAS**

Temporada 2017-2018

Temporada 2018-2019

Temporada 2019-2020

Tercera parte. **DISLATES**

Cuarta parte. **APÉNDICES**

Palabras

Despropósitos

A modo de diccionario de americanismos

Bibliografía: mis bastones

Agradecimientos

—Vuestra merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho —respondió don Quijote—, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el aumento de la necedad no asienta ningún discreto edificio.

CERVANTES

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Todos los cerebros del mundo son impotentes contra cualquier estupidez que esté de moda.

JEAN DE LA FONTAINE

La cantidad de energía que se necesita para refutar (o corregir) una estupidez es de magnitud superior a la que se necesita para producir esa misma estupidez.

Ley de BRANDOLINI

*A Juan Manuel Moreno Ochoa,
hermano y amigo de los que dejan una huella imborrable.*

*A Julio Laria,
amigo entrañable, mejor profesional y excelente persona.*

*A Manuel Leardy (padre, abuelo),
buen amigo y amante del buen uso de nuestro idioma.*

*A David Gistau y a Paloma Tortajada,
dos grandes de la radio y del periodismo a quienes admiré
profundamente.*

In memoriam

La muerte no es nada, solo he pasado a la habitación de al lado. Lo que somos unos para los otros seguimos siéndolo. Dadme el nombre que siempre me habéis dado. Hablad de mí como siempre lo habéis hecho. No uséis un tono diferente. No toméis un aire solemne y triste. Seguid riendo de lo que nos hacía reír juntos. Rezad, sonreíd, pensad en mí. Que mi nombre sea pronunciado como siempre lo ha sido, sin énfasis de ninguna clase, sin señal de sombra. La vida es lo que siempre ha sido. El hilo no se ha cortado. ¿Simplemente porque estoy fuera de vuestra vista? Os espero; no estoy lejos, solo al otro lado del camino. ¿Veis? Todo está bien.

SAN AGUSTÍN

Introducción

A menudo, subestimamos el poder de las palabras. Así empieza *El fuego invisible*, novela con la que ganó el Premio Planeta Javier Sierra. Pero las palabras son lo que somos. Hablar y escribir bien, como vestir bien, tiene sus claroscuros. Todos conocemos a personas cuya forma de expresarse nos repele, hemos leído textos ininteligibles o llenos de faltas de ortografía o de transgresiones de las normas académicas y, también, vemos por la calle o en los medios de comunicación audiovisuales gente que viste de forma *hortera* (interesante vocablo) o, como se dice vulgarmente (*de vulgo*, o sea, de forma popular), sin ningún gusto.

Pero ¿quién crea las normas o el estilo que calificaríamos con los adverbios *bien* o *correctamente*? Porque, al igual que sobre gustos y colores hay toda una gama de posibilidades, el uso de la lengua española no es uniforme y las variedades que esta presenta son signo de riqueza y de su buen estado de salud. Que un andaluz hable un español con matices fonéticos tan distintos de un gallego, de un vasco, de un extremeño, de un murciano (aunque este y el anterior a veces se confunden) o de un madrileño, por poner solo algunos ejemplos, es signo de riqueza porque todos se entienden. Solo existiría alguna dificultad con ciertas palabras, lo mismo que nos pasa con quienes hablan el español de América.

La *japuta* en Murcia es la *palometa* en Madrid. Los *alcauciles* murcianos son las *alcachofas* para muchos otros españoles. Los *manises* lorquinos son los *baldosines* con que se alicatan baños y cocinas. Viejo es ya el sucedido de aquella mujer que dijo en televisión que a su marido le gustaba ir siempre *muy alicatado*. También es curiosa la anécdota de ese profesor peruano que vino a una

universidad española a impartir un curso y el día del examen dijo sin rubor a los alumnos: *Guarden las pollas*, dado que, en su infinita inocencia y en el desconocimiento de la diferencia léxica, para este docente ese mensaje era correctísimo: *Guarden las chuletas* y no copien. Para la abuela de mi mujer, las *pollas* eran mujeres jóvenes y lozanas, pero, para el común de los españoles, no necesito explicárselo a ustedes.

Del mismo modo, tenemos usos variados del idioma que nos llevan a afirmar que no hay una sola norma culta del español. Lo decimos porque un andaluz con cultura lingüística dice a sus hijos pequeños *Ustedes ce callan, por favor*, al igual que un andaluz sin esa cultura, siempre que ambos sean hijos de zonas con ceceo. En fin, que, entre todos, con más o menos acierto, contribuimos a enriquecer nuestro idioma dentro y fuera de nuestras fronteras.

Por ello, en primer lugar, trataremos de plantear algunas cuestiones de la lengua que pueden llevarnos a equívocos o, peor aún, a dificultades nunca resueltas; en segundo lugar, de resolver las dudas que nos asaltan en nuestra habla cotidiana (planteadas por los oyentes de la sección «El menosprecio de la lengua» en el programa *Herrera en Cope*, que he tenido el placer de conducir en antena hasta la temporada 2019-2020), y lo haremos en un español sencillo, con ejemplos que nos ilustren sobre usos de nuestro idioma que nos producen interrogantes, porque oímos lo suyo y lo contrario y esto crea en nosotros una gran inseguridad, tanto al hablar como al escribir. En tercer lugar, iré desgranado dislates y despropósitos reales, no inventados, perpetrados contra nuestra bonita lengua.

Dicho esto, trataremos de acercarnos a aquello en que se basaba el *Diccionario de autoridades*, es decir, apoyarnos en quienes tienen como obligación el cuidado de nuestro idioma, su análisis, su adaptación a los tiempos en que vivimos (recordemos que el español es una lengua viva y en constante evolución), pero sin perder la cabeza, porque, a veces, a mi juicio, nuestras autoridades lingüísticas desbarran (ver mi anterior libro *La divertida aventura de las palabras. Del buen uso del español*, en esta misma editorial) y toman caminos en los que manifestaré mi desacuerdo.

Por ello, la RAE, con su *Nueva gramática* (la de 2009, en dos volúmenes, o el llamado *Manual*, de un solo volumen, de 2010) y su *Ortografía* (2010), así como la Fundéu (una excelente institución que trabaja sobre el español más actual), nos servirán de base —es decir, de referencia— para resolver las dudas normativas y de estilo, si bien no siempre estaré de acuerdo con ambas instituciones.

Para las impropiedades del léxico —utilizamos los vocablos de manera impropia cuando creemos que significan una cosa y en realidad su sentido es otro muy distinto—, echaremos mano del *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE), del *Diccionario panhispánico de dudas* (DPD), del *Diccionario de americanismos* (porque el español de América es sustento principal del español en el mundo) y del *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española* de Manuel Seco (*Ddyd*), como principales obras de consulta.

Y, para usos y modas del idioma poco acertadas, recurriré a *El dardo en la palabra* del añorado lingüista Fernando Lázaro Carreter porque estoy seguro de que muchos de mis lectores (como yo) iniciaron su andadura en bachillerato con su libro de Lengua Española. Llegados a este punto, he de recomendarles un interesante y muy inteligente trabajo de la profesora María Antonia Martín Zorraquino (*El neoespañol y los principios que fundamentan la lengua estándar*), pues ella manifiesta posturas ante algunos de los cambios de nuestra lengua que yo denuesto, pero que ella no ve tan claros, y razona su postura de forma muy perspicaz y no exenta de rigor.

Aderezaremos este inicio del menú con diversos dislates (hechos o dichos disparatados; barbaridades en gran cantidad) que se acometen en la actualidad contra el idioma español desde diversos ámbitos de la sociedad.

Pero no se preocupen: yo cocino todas estas viandas y se las presento en la mesa para que ustedes se limiten a degustar los diversos menús (según el *DPD*, se desaconseja el plural *menúes*, y nadie quiere aceptar el mucho más sonoro *menuses*, al igual que el plural de *sofá*, *sofás*, que es mucho menos plástico que *sofases* o el más tierno *sofales*) sin mayor esfuerzo que el del interés por mejorar nuestra forma de hablar y de escribir.

Y para que sigan con facilidad la estructura de este trabajo, haré las siguientes precisiones:

La primera parte no pretende ser una gramática al uso ni mucho menos. La RAE y lingüistas de prestigio como don Emilio Alarcos las han escrito con precisión de especialista. Quien quiera, pues, repasar la gramática o recordar algunos de sus fundamentos no está en el libro adecuado.

La división de la obra, sin embargo, recoge una de las dos partes fundamentales de la gramática: la sintaxis (hoy se tiende al estudio de la morfosintaxis), y, obviamente, las otras dos partes de la gramática, que son la fonética y la fonología, no las abordo ni de lejos.

Elijo la sintaxis como eje fundamental de esta *mi* gramática particular porque es donde surgen las dudas en la construcción del discurso (del mensaje), analizo por orden alfabético las partes de la oración porque me parece que son las que precisan de mi atención y termino el apartado con los usos incorrectos (los anacolutos y los barbarismos sintácticos) que abundan en exceso en el español actual, tanto en el habla común como en el español que aparece en los medios de difusión.

Tras este apartado, en el que las definiciones técnicas que haga serán lo más sucintas posible, y solo a modo de orientación, abordo otros dos: cuestiones ortográficas y cuestiones léxicas. Llevo impartiendo docencia de lengua española más de 35 años y veo que el nivel de dominio de la lengua ha bajado considerablemente. Pero no crean que solo en la juventud, por aquello de las nuevas tecnologías, también entre personas a las que se les supondría una preparación adecuada.

El 11 de junio de 2020 veía un informativo de una televisión cualquiera en el que estaban hablando de la vuelta al colegio en septiembre. El reportaje se adentraba en un colegio y enfocaba un cartel con la leyenda: «La *sonrrisa* es la curva que lo ordena todo». Podría tratarse de un cartel hecho por un alumno pequeño, pero —sin quitarle mérito si es así— habría que haber corregido la ortografía, pues, para muchos especialistas, esta tiene mucho de imagen mental.

Y tengo como artículo de cabecera, para no olvidar las tropelías que se cometen contra nuestra ortografía (uno de los más grandes

regalos que poseemos, por las características fonéticas de nuestro idioma), «La epidemia de las faltas de ortografía escala hasta la universidad», publicado en *El País* (6 de noviembre de 2018), cuya autora, Elisa Silió, hace un excelente reportaje sobre esta cuestión y se apoya, entre otras personas de autoridad, en Inés Fernández-Ordóñez (una de nuestras filólogas más destacadas).

En cuanto a las cuestiones léxicas, muchos de ustedes convendrán conmigo en que la pobreza léxica de la sociedad española (desde los niños, pasando por los universitarios, haciendo parada en periodistas y profesionales para llegar a la meta de los políticos) es un mal endémico: impropiedades y otras cuestiones (escogidas por mí) nos harán navegar por la riqueza del español de España y del español de América.

La segunda parte de este libro aborda dudas de uso que se me han planteado en mi trabajo en la radio. Son dudas reales de personas que quieren mejorar su idioma y que tienen, a veces, ciertas inseguridades en los usos. Las respuestas están elaboradas desde la máxima sencillez y sin buscar mi lucimiento; se trata de que sean comprensibles para quienes han formulado esas cuestiones problemáticas y para el resto de los oyentes.

En la tercera parte se comentarán dislates y desatinos lingüísticos que voy leyendo aquí o escuchando allá, y que también he abordado como ejemplos en el transcurso de mi actividad profesional radiofónica.

Por último, encontrarán un apéndice con despropósitos (dichos o hechos fuera de razón, sentido o de conveniencia), con una especie de diccionario de americanismos y con carteles y pantallazos que, bien recojo por la calle o en viajes, bien me los mandan amigos y oyentes, sabedores de mi afición por esa literatura popular que no sabe de normas y, a veces, tampoco del mínimo decoro lingüístico. Dicho apéndice está hecho con el único fin de que terminen el libro (si son tan generosos de llegar al final) con una amplia sonrisa.

Mi propósito fundamental no es poner a nadie en evidencia, pues todos nos equivocamos (lo grave no es equivocarse, sino empecinarse en la equivocación); mi intención es hacer una llamada de atención a todas aquellas personas que quieren mejorar su forma de hablar, que

quieren escribir con mayor corrección, bien porque no han podido tener una instrucción cuando era el tiempo adecuado para ella, bien porque se sienten inseguros en el manejo del idioma.

Les diré que, como filólogo, profesor universitario y amante de nuestra lengua, al corregir exámenes ya dudo hasta de mi ortografía, algo que nunca me había ocurrido desde que empecé a sacar buenas notas en los dictados y, con el consejo y la guía de mi madre, a leer a autores clásicos españoles y a novelistas extranjeros de renombre, pero, al ver escrita más de una docena de veces la palabra **incapié*, sin su *h* correspondiente, me entran dudas de su correcta escritura.

Tranquilos, pues, porque dudar es signo de inteligencia y tratar de solucionar nuestras dudas es propio de personas inquietas que intentan mejorar en todo durante su vida. Decía Samuel Butler: «Los más obstinados suelen ser los más equivocados, como todos los que no han aprendido a dudar». No nos vale tampoco eso de *para la edad que tengo...* Cualquier edad es buena, como dicen los clásicos, para el amor y para aprender.

Y tengo, como en todos mis escritos de divulgación, un segundo propósito: sacarles una sonrisa según vayan avanzando en la lectura de estas líneas, si es que me conceden el honor de dejarse guiar por mí en el invento más importante y apasionante de la humanidad: el lenguaje. Ojalá consiga ambos propósitos.

Primera parte

DIFICULTADES



Cuestiones gramaticales

ADJETIVOS

El adjetivo: definición

El adjetivo tiene como función modificar al sustantivo, por un lado, y, por otro, aportar significados muy variados. En muchas ocasiones, denota propiedades o cualidades del sustantivo al que acompaña.

El orden de los factores sí altera el producto

¿Lo recuerdan? Cuando estudiábamos matemáticas, a la pregunta de si daba igual la operación 8×4 que 4×8 , don Leopoldo, que fue mi primer profesor de la materia en 1.º de Bachillerato, y una persona excepcional, decía rápidamente: «El orden de los factores no altera el producto». Pues en el caso de los adjetivos calificativos ese orden altera, en algunos casos completamente, el producto.

En nuestra lengua, la posición habitual del adjetivo es pospuesta al nombre. Así, *Me he comido una manzana jugosa* suele ser preferible en el habla normal al más literario *jugosa manzana*. En esos casos, nos iríamos a las matemáticas y, efectivamente, el orden no altera el resultado; en los dos ejemplos era una buena manzana para comérsela.

Veamos ahora el caso de los llamados adjetivos valorativos. Esto que pasa de forma recurrente con las matemáticas no ocurre siempre con ciertos adjetivos. Yo tengo más de sesenta años y llevo impartiendo docencia más de cuarenta. ¿Qué dirían ustedes de mí, que soy un profesor viejo o un viejo profesor? Hace años, sería ambas cosas, sin duda, porque recuerdo a mi padre con cincuenta y me

parecía un señor muy mayor, casi un anciano. Actualmente, la edad cronológica no se acompasa con la biológica como antes y, ni mucho menos, con la edad que uno siente por dentro. Por ello, yo me defino como un *viejo profesor*, es decir, con bastantes años de profesión a mis espaldas, pero no como un *profesor viejo*, porque, además de estar todavía en activo, me siento interiormente mucho más joven de lo que indica mi carné de identidad.

Este mismo procedimiento lo podemos aplicar con *viejo amigo* o *amigo viejo*, y así, distinguimos perfectamente a los amigos de la vieja frase inglesa *Old friends are the best friends* ('Los viejos amigos son los mejores amigos', o sea, los de la infancia o los del colegio) de esos otros amigos de nuestros padres que acababan siendo también nuestros en poco tiempo y que eran, lógicamente, amigos de mucha edad. Y, para no cansarlos, sucedería lo mismo con *hombre grande* y *gran hombre*.

En cuanto a los adjetivos relacionales, se comportan de manera muy disciplinada, pasan de todas estas cuestiones y van siempre a tiro fijo: se dice *queso manchego* pero no *manchego queso*, y hay algunos otros cuya colocación responde más bien a una intención subjetiva: *un amanecer triste* es más objetivo que *un triste amanecer*.

En cuanto al uso y el significado de algunos elementos relacionales (sustantivos y adjetivos), se dan confusiones frecuentes entre uno y otro. Por ejemplo:

anual (adj.)	que se repite cada año
bienio (sust.)	periodo de dos años
bianual (adj.)	que se repite dos veces al año
bienal (adj.)	que se repite cada dos años o dura dos años
trienal (adj.)	que sucede o se repite cada trienio
cuatrienal (adj.)	que sucede o se repite cada cuatrienio
decenio (sust.)	periodo de diez años sucesivos cualesquiera
decenal (adj.)	que se repite cada diez años
década (sust.)	serie de diez años (2040-2050)
mensual (adj.)	que se repite cada mes

bimensual (adj.)	que se repite dos veces al mes
bimestral (adj.)	que se repite cada dos meses o dura dos (bimestre)
semestral (adj.)	que se repite cada seis meses o dura seis (semestre)
quincena (sust.)	espacio de quince días
quincenal (adj.)	que se repite cada quince días
semanal (adj.)	que se repite cada semana

Hablando de decenios, hay varias formas de nombrarlos: la más obvia es *el decenio 2020-2030*; la más corriente hoy, que es calco del inglés: *los años veinte*; la fórmula clásica: *la década de los veinte*.

Por último, están los adjetivos especificativos descriptivos, que tienen la misión de descubrirnos aquello que buscamos entre otros muchos objetos de su especie. Me explico: *¿Dónde vives? En la casa pequeña*. Así, de entre todas las que hay en la calle, la mía es la pequeña, y otra cosa muy distinta es cómo es la casa: *Mi casa es pequeña* o *Vivo en una pequeña casa*.

De los grados no centígrados del adjetivo

Estoy muy casado

Vamos a tratar ahora de la gradación del adjetivo, es decir, lo que llamábamos el grado positivo —*alto*—, el comparativo —*más alto*— y el superlativo —*muy alto* o *altísimo*—. Y hablaremos concretamente de dos grupos de adjetivos: los que no pueden tener gradación, porque en sí mismos ya expresan un estado que no admite ningún tipo de escala, o aquellos otros que no añaden al nombre ninguna cualidad inteligente ni con matices ni enriquecedora porque ya la portan consigo.

Entre los de imposible gradación, situaríamos el que aparece en el epígrafe que da título a este apartado. Yo puedo estar o no casado. Y punto. Ni más casado que otro ni *casadísimo*, aunque lleve más de 30 años de matrimonio con la misma mujer. Me dirán ustedes: pero, en el habla coloquial, pueden añadir cierta ironía o guasa. Sí, claro, pero no

es caso de andar siempre hablando sin tener en cuenta el buen uso de la lengua. Así, no cabrían en un habla lógica los adjetivos del tipo *solterísimo*, *muertísimo* o *rechazadísimo*, porque con *soltero*, *muerto* y *rechazado* tengo todo el grado significativo que necesito.

Otra cuestión es la metáfora, la lengua literaria, cierta expresividad del lenguaje a la que recorro para informar de una situación desde mi punto de vista, como cuando digo: *Está más muerto que vivo*, como descripción de alguien cuyo aspecto o cuyo modo de tomarse las cosas está más próximo al final de la vida o lo asemeja a un fiambre (interesante viaje semántico de esta forma de preparar alimentos fríos que ha pasado también a designar muertos, sobre todo en las películas policíacas de serie B).

Ahora toca el turno de aquellos que no soportan el análisis del recto significado. Escucho con frecuencia que se va a dar esta u otra noticia acaecida en un *pueblecito* pequeño. ¿Cabe en cualquier cabeza que digamos que Madrid es un *pueblecito*? La ciudad más bonita y acogedora de Europa es todo menos un *pueblecito*, lo fue, efectivamente, como todas las grandes urbes en su inicio, un pueblo más o menos grande que, luego, por mor de las decisiones reales, pasó de burgo a villa y, a partir de ahí, a crecer sin parar hasta convertirse en lo que hoy con toda claridad llamaríamos *ciudad*. El término *pueblecito* tiene, por tanto, valor apreciativo y, obviamente, no aporta nada a la eficacia significativa en este caso concreto.

Si a un nombre le planto el diminutivo *-ito*, *-a*, inmediatamente ese nombre designa algo pequeño, pero hay que diferenciar dos cuestiones:

- 1) Que se trate de un valorativo: quien lo usa pondera una apreciación subjetiva sobre el sustantivo en cuestión.
- 2) Que designe disminución de la extensión significativa.

Así, ese sustantivo puede designar algo pequeño, un *pueblecito* podría ser una aldea, o algo entrañable y amoroso como en el caso de *amorcito*, *chiquito*, *cariñito*, etc. Si analizamos la cuestión oponiendo *mesita redonda* a *mesa redondita*, la primera expresión indica que

hablamos de un mueble de reducido tamaño; la segunda manifiesta apreciación máxima de la cualidad de redondo.

Vivo en un piso más último que el de mis padres

Aquí nos referimos a los comparativos que estudiamos en el cole: *más que* (superioridad), *menos que* (inferioridad), *igual que* (igualdad). Pero hay adjetivos que no admiten tal posibilidad. ¿Yo soy *más principal* que tú en esta historia? Si *principal*, dicho de una persona, significa ‘que tiene el primer lugar en estimación o importancia y se antepone y prefiere a otras’, se da por hecho —sin la comparación— que *principal* es lo que es: el primero.

Voy a referirme aquí a la construcción *actriz/actor protagonista*, que nos lleva a confusión cuando a veces se dice que en tal película fulanita es *más protagonista* que menganito o que esa otra película tiene *dos protagonistas*. ¡Imposible! Ni lo uno ni lo otro. En el *DRAE* se dan tres acepciones del término *protagonista*. La primera se refiere a las obras teatrales, literarias o cinematográficas, en las que sería el personaje principal de la acción; la segunda habla de una persona o cosa que en un suceso cualquiera desempeña la parte principal; en la tercera acepción se alude a aquello perteneciente o relativo al protagonista.

Por ello, hemos de tener en cuenta dos cuestiones: que el protagonista de cualquier evento artístico es siempre único. Y me dirán ustedes: ¿Y en *Pretty Woman*? La respuesta es que el protagonista indiscutible es Richard Gere y la antagonista, el personaje que se opone o, en este caso, da la réplica, es Julia Roberts. Para saber esto, el orden de aparición en los créditos (salvo que haya prevalecido el orden alfabético) da siempre la pauta de quién protagoniza la obra en cuestión (suele cobrar más, su tarifa es más alta por razones de fama y de antigüedad y de carrera con premios u otras cuestiones de este tipo). Pero, subjetivamente, y sin atender a cuestiones técnicas, se podría pensar lo contrario, por motivos de interpretación o cualesquiera otros.

La segunda cuestión es que, dicho lo antedicho (y perdonen lo redicho que queda), no admite el grado comparativo: como decía el clásico, «Se es o se no es», porque es relacional (son los adjetivos cuya definición en el diccionario viene precedida de la fórmula *relativo a*: *lácteo*: ‘relativo a la leche’; *circular*: ‘relativo al círculo’; *vacuno*: ‘relativo a las vacas’...).

Otra palabra que puede generarnos alguna duda es *mayor*. Las expresiones *más mayor* y *mayor que* tienen, en el contexto de la edad, significados y matices diferentes. El adjetivo *mayor* se emplea generalmente con valor comparativo y significa ‘que excede en edad a otra persona’.

Por tanto, con este significado, se construye con la conjunción *que* y es inadecuado combinarlo con marcas de grado como *más* o *tan* como sucede en estos casos: *Otra mujer acompañada por una más mayor que ella provoca sospechas a última hora de la tarde* y *Hubo conocidos que le preguntaron por qué se iba a vivir con una persona más mayor que él*.

Para evitarlo, se eliminan estas marcas de grado que, en estos ejemplos, alteran también el significado que se quiere expresar, de modo que lo adecuado habría sido *mayor que*, en lugar de *más mayor que*: *Otra joven acompañada por una mujer mayor que ella provoca sospechas a última hora de la tarde* y *Hubo conocidos que le preguntaron extrañados cómo es que se iba a vivir con una persona mayor que él*. Sin embargo, también en el contexto de la edad, *mayor* se usa, asimismo, a menudo como un adjetivo no comparativo, y significa ‘de no poca edad’, ‘de edad avanzada’, o lleva implícito el sentido de ‘adulto’.

En esos casos, sí puede ir acompañado de marcas de grado como *más*, *muy* o *tan*: *Ya no es un joven fallecido en accidente de tráfico, sino alguien muy mayor que ha sufrido un accidente cerebrovascular*, *No era tan mayor como para sufrir ese deterioro* o *Es una de las principales preocupaciones entre la gente más mayor*.

En resumen: *mayor* es adjetivo comparativo de *grande* y se construye con correlación de *que*. Por ejemplo: *Mi hermano es mayor que tú*. Y es incorrecto combinarlo con *más*: *más mayor que...* Dentro del ámbito de la edad, no funciona como comparativo, sino como

adjetivo verdadero con el significado de ‘de no poca edad’: así, puedo decir que *Yo soy mayor* (desde luego, más de lo que me gustaría) o que, *De mis hermanos, Emilio es el hermano mayor*.

Superlativo: *Charlize Teron es muy guapísima*

Entre los adolescentes, abundan este tipo de expresiones con las que se quiere dar más fuerza significativa a la que ya posee de por sí el superlativo (algo muy grande o desmesurado). Son claramente, y sin dudas de ningún tipo, construcciones incorrectas, ni mucho ni poco: simplemente, no son admisibles en el buen uso de la lengua. Por mucho que quieran amarrarse a la expresividad (es como lo de las mayúsculas en las redes, no son más expresivas, solo equivalen a dar gritos), son manifestaciones jergales que se curan con los años.

No me cabe duda de la belleza de esta actriz australiana y de su capacidad interpretativa (yo la recordaré siempre en el personaje de *Las normas de la casa de la sidra*). Tanto en el cine como en los anuncios se muestra explosiva, muy atractiva, aunque, a mi modesto juicio, y esto va más para los lectores de mi generación, no llegará nunca a la belleza juvenil o madura de Jacqueline Bisset.

Borja Luis es como muy torpe

No me refiero en este apartado al uso de *como* con valor de conjunción en la oración *Como muy tarde, llegaré a la hora de comer*, sino al uso incorrecto del adverbio de relativo *como* + adjetivo: *Era como muy lento*. Este uso, a diferencia del anterior, es santo y seña de una juventud algo *pija* (y perdonen esta expresión, más de mis tiempos jóvenes) y, como señala Miguel Á. Mendo en un delicioso articulito en Internet¹, suaviza y ablanda lo que se dice, emborrona los contornos, puesto que acaba por no definir nada de manera clara y tajante (*Era como muy estúpido*). Este rasgo de indefinición deja traslucir esa famosa desidia, falta de implicación y superficialidad que suele confundirse con la elegancia. Su utilización reiterada y machacona, sigue diciendo Mendo, como muletilla llega a ser enfermiza, puesto

que puede colocarse delante de cualquier adjetivo, sustantivo o frase adverbial. Según el *DRAE*, atenúa el grado de certeza de lo que se expresa a continuación.

¿Y si me echo de novio un artículo?

Es tonto / Es un tonto

Pues cambia mucho la vida. Sin el artículo, es bobo de cintura para arriba y de cintura para abajo, es decir, es tonto intonso (como definía el gran Jaime Campmany a algunos): ignorante, inculto, rústico y todos los días de la semana. Con el artículo, la cosa mejora: lo es por una causa concreta y determinada.

ADVERBIOS

—¿*Arriba* es un adverbio de tiempo?

—No.

—¿Y *ahora*?

—*Ahora* sí.

—¿Y *antes* no?

—*Antes* también.

—Pues me has dicho que no...

Como se ve con este chiste malo que juega con los conceptos semánticos (metalenguaje) y con la consideración de esta parte de la oración que es el adverbio, los utilizamos en nuestro idioma para modificar el significado de varias categorías, principalmente de un verbo, pero también de un adjetivo, de una oración o de una palabra de la misma clase.

El adverbio: definición y clases

El adverbio, como acabamos de indicar, se caracteriza por modificar a un gran número de grupos sintácticos, especialmente los verbos y los grupos formados por ellos, los adjetivos y también otros adverbios. El adverbio es, pues, una de las partes de la oración más versátiles y que más juego da en nuestro idioma.

Los caracteres comunes a todos los adverbios son los siguientes:

Son invariables	<i>Lo dijo medio dormida / Lo dijo medio dormido</i>
Como vemos, el adverbio <i>medio</i> no ha cambiado de forma en el segundo ejemplo.	
Son las únicas palabras que modifican la acción de los verbos	<i>Lee atentamente / Lee poesías</i>
En ambas frases, la persona está leyendo, pero, en la primera, modificamos calificando la acción del verbo y, en la segunda, solo decimos lo que lee, no cómo lo está leyendo, con qué actitud.	

Muchos recordarán, sin duda, aquellos adverbios que se clasificaban por su significado: de tiempo, de lugar, de modo, de cantidad, de afirmación, de negación..., vamos, los de toda la vida. Por si les asaltan dudas con otros que están fuera de esta clasificación, les voy a señalar algunos (pensando también en si tienen hijos en edad escolar) que se clasifican por su función, y recurriremos a la fuente más fiable: la RAE.

Empezaremos por el denominado adverbio adjetival, que es el que presenta la forma de un adjetivo masculino singular: «No hables tan *alto*»; seguimos con el adverbio **comparativo**, el que denota comparación: «Canta *peor* que yo»; el adverbio **demostrativo**, por su parte, muestra o señala un lugar, un tiempo o un modo: «Estoy *allá* en un rato, pues *ahora* no puedo»; veamos, a continuación, un ejemplo del adverbio **exclamativo**, aquel que da lugar a expresiones exclamativas: «¡*Cómo* vive!»; el penúltimo es el adverbio **interrogativo**: «¿*Cuándo* lo terminas?», y, por último, el adverbio **relativo**, que desempeña una función sintáctica en la oración subordinada que introduce y tiene antecedente expreso o implícito (para entendernos, el que puede sustituirse por un pronombre relativo): «La ciudad *donde* vivo» («La ciudad *en la que* vivo»).

Funciones de los adverbios: ¿para qué sirven?

Los adverbios sirven para modificar o precisar la acción del verbo, la cualidad del adjetivo y el modo, la cantidad, el lugar... de otro adverbio. Normalmente modifican verbos, diciéndonos cómo, con qué frecuencia, cuándo o dónde sucede algo.

No tienen una posición fija en la frase y funcionan como complementos circunstanciales. Así, *Mi amigo vino ayer* / *Ayer vino mi amigo* / *Vino ayer mi amigo*.

En español, existen también locuciones adverbiales que funcionan igual que un adverbio. Se trata de un conjunto indivisible de palabras que actúa como un adverbio. Al igual que estos, las podemos clasificar según su significado:

de tiempo	<i>a cada paso / a deshora / a diario / al instante / al momento</i>
de modo	<i>a ciegas / a disgusto / a lo loco / a ojo / de improviso / de puntillas / de raíz</i>
de lugar	<i>de aquí para allá / de cabeza</i>
de cantidad	<i>a tope</i>
de afirmación	<i>a ciencia cierta / con seguridad / desde luego</i>
de negación	<i>de ninguna manera / en absoluto / ni en sueños</i>

Y, como estudié yo en mi *Curso de redacción* de Gonzalo Martín Vivaldi (1964, p. 38), llamábamos *frases adverbiales* (por si son de mi generación y quieren recordar) a expresiones tales como *tal vez*, *enseguida*, *en realidad*, *en rigor*, *en efecto*, *en derredor* (hoy completamente en desuso); también a aquellas construidas con la preposición *a*, como *a menudo*, *a veces*, *al fin*, *a la postre*, *a la chita callando* (¡qué recuerdos de mis padres!), *a tontas y a locas*, *a escondidas*, *a gatas*, *a medias*, *a la buena de Dios* (que es como se hicieron algunas cosas en la pasada pandemia), y con la preposición *de*, entre las que citamos *de repente*, *de súbito*, *de veras*, *de verdad*, *de hecho*, *de cuando en cuando*, entre otras muchas.

Por último, sepamos que algunos adjetivos pueden convertirse en adverbios y funcionan como complementos circunstanciales de un verbo, por ejemplo, en la oración «Habla muy *bajo*»; se trata de un uso muy común en el español de América: «Me miró *feo*» (malamente).

Cuando sobran

En la puerta de un establecimiento: «Se dan clases de adivino».

—¡Caramba! Esto me interesa. ¡Toc, toc!

—¿Quién es?

—Pues vaya mierda de adivino.

El chascarrillo va por aquello de que hay significados que no necesitan ningún añadido. Si, tras la puerta, se anuncia alguien que da *clases de adivino*, la pregunta *¿Quién es?* está en esa línea. Lo entenderemos si leemos todo este epígrafe.